

## América Latina

## ¡Nuestro canto, vivirá en la tierra!

por Mario V. GUZMAN GALARZA

Cuando mis hermanos se enfrentaban a la furia homicida de los poderosos, con el pecho desnudo y las manos cerradas en puños de coraje y rebeldía, no me consolaba el saber que su sangre derramada fecundaba los surcos de mi tierra, para que en ella broten las kharututas; y es que tantas veces se ha consumado el martirio, que ya el dolor no me abandona y me abrumba más bien, cada día, con nuevas tristezas que nacen del recuerdo de La Paz, Huanuni, Viloco y Caracoles, como ayer de Catavi, Uncía, Tolata y Episana.

No es cierto aquello de que "ojos que no ven, corazón que no siente", porque a pesar de la distancia tengo en los ojos grabada la imagen heroica de mi pueblo, de los mineros, de los fabriles y de todos los trabajadores que resisten de pie los atrapellos, los abusos y las injusticias. Evoco con dolor, por ello, a Potosí, Llallagua y Siglo XX, Quechisla y Telamayu, Oruro y San José, Milluni y Bolsa Negra. Cada nombre, empero, no sólo encierra penas, sino también protestas que nunca serán acalladas, pese a la violencia represiva, porque la rebeldía de un proletariado que no claudica, tarde o temprano, se hará más fuerte que el dolor para vencer sobre la opresión y la injusticia.

## LAS PALABRAS PERDURARAN

El corazón humano, a pesar de todo, no puede ser ajeno a los sufrimientos de sus hermanos. La solidaridad y la fraternidad revelan la condición humana, el origen del hombre y su fin como destino, tras el curso de una vida en tránsito a la eternidad, porque —según enseñara Richard Hooker— "ningún hombre ignora las diversas leyes y reglas que la razón natural ha sacado, para el gobierno de nuestra vida, de esta relación de igualdad entre nosotros y nuestros semejantes". Sin embargo, lo anterior supone un recíproco respeto y afecto en la igualdad. Desgraciadamente, las amargas experiencias de la vida me han enseñado que mientras hay hombres capaces de amar a sus semejantes, otros sepultan el amor con odio, como un latrocinio que repugna a la razón natural que reclama paz, amor, justicia e igualdad en la libertad.

Reflexiono sobre la solidaridad y la fraternidad, por que en este mes de agosto, cuando el dolor ha dado paso a la angustia de estar lejos y de no poder hacer nada para ayudar a mis hermanos, pienso con tristeza en que aquellos amigos que más me mostraron esas virtudes humanas, volcando generosamente sus sentimientos en apoyo de mi pueblo y de todos los pueblos del mundo que luchan por la libertad, la democracia y la justicia social, ya partieron hacia la eternidad, dejando entre nosotros un vacío difícil de llenar. Pienso en Enrique Ramírez y Ramírez, quien durante los 15 años que llevo de escribir ininterrumpidamente en *El Día*, siempre se mostró como un amigo hospitalario, cordial y solidario, pienso en su calidad humana y en sus palabras de aliento que me hacen recordar aquel viejo cantar azteca del siglo XV, que dice:

"¡Haya amistad común!  
¡Conozcámonos unos a otros;  
Sólo con estas flores  
será elevado el canto allí.  
¡Nos habremos ido nosotros a su casa,  
pero nuestras palabras, nuestro canto,  
vivirá en la tierra!"

Pienso en Salvador Ocampo, en Alfonso Solórzano, en Julio Castro, en Julio Suárez y en tantos amigos y compañeros que en el vasto espacio de la gran patria común, nuestra América, dieron pruebas de su valor, de su entrega a las causas justas y de su amor por el pueblo. Pienso en ellos y repito en silencio el cantar de los aztecas:  
"Sólo iremos dejando al partir

nuestra tristeza, nuestro canto:  
sólo mediante él es conocido uno,  
se hace verdadero el canto.  
¡Nos habremos ido a su casa,  
pero nuestras palabras, nuestro canto,  
vivirá en la tierra!"

## LA SOLIDARIDAD LATINOAMERICANA

Hace muchos años, para ser más exacto, en un día de diciembre de 1964, después de aquel golpe militar que el 4 de noviembre del mismo año, había derrocado al gobierno constitucional del cual yo era embajador, acreditado en México, forzándome a la renuncia de dichas funciones por razones de decoro y dignidad, Djuka Julius me presentó a Enrique Ramírez y Ramírez, quien me abrió las puertas de *El Día*, invitándome a colaborar en sus páginas, en un noble rasgo de solidaridad latinoamericana. Por ello, en estos días de dolor y luto, parafraseando a John Donne, aquel inglés que en 1624 se dolía por Europa, yo diría a los jóvenes que "ningún hombre es una isla, algo completo en sí mismo; todo hombre es un fragmento del continente, una parte de un conjunto; si el mar arrebatara un trozo de tierra, es América la que pierde, como si se tratara de un promontorio, como si se tratara de una finca de tus amigos o de la tuya propia; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque yo formo parte de la humanidad; por tanto, nunca mandes a nadie a preguntar por quién doblan las campanas; doblan por ti".

Y es que Ramírez y Ramírez, como los demás, Ocampo, Solórzano, Castro, Suárez, entre otros, era nuestro y su recuerdo lo seguirá siendo; hijo de México, hombre de América Latina, luchador social y combatiente por las mejores causas de la humanidad. Con Salvador Ocampo, el revolucionario chileno que murió en el exilio y cuya desaparición fue recordada por sus amigos y compañeros el sábado 23 de agosto, y con Alfonso Solórzano, el serio y profundo pensador guatemalteco que murió también en este mes de agosto, en el exilio al lado de otros compañeros que ya trabajan y luchan por la democracia y la libertad de sus pueblos, iniciamos a fines de 1965 el primer movimiento de solidaridad latinoamericana que se inició en México, en respuesta a los golpes militares que empezaron a derrocar a gobiernos constitucionales y democráticos en Ecuador, Brasil, Bolivia y en otros países, como parte de una estrategia global del imperialismo para el control político y militar de la región.

Con Julio Castro, maestro y periodista, hijo de la patria de Artigas, jefe de redacción de *Marcha*, la solidaridad latinoamericana era una realidad viva. Por eso los esbirros de la dictadura uruguaya lo secuestraron e hicieron desaparecer su cuerpo en una de las siniestras ergástulas, que son la vergüenza de una América humillada por la barbarie. Y de Julio Suárez puedo decir lo mismo, porque este peronista montonero, tan ajeno a la vanidad, a la arrogancia o al sectarismo, era un hombre recio pero bondadoso y sensible al dolor ajeno, sencillo y digno, amigo cordial y solidario. Como era un revolucionario y un patriota, serena y valientemente decidió regresar a su patria, pero un día le apresaron para torturarlo y darle muerte, finalmente. Luego, la dictadura de Videla no tuvo escrúpulo alguno para informar que Julio Suárez "murió en un accidente".

Hace poco me enteré de este crimen, como de otros muchos otros más que a diario cometen las dictaduras del Cono Sur, en nombre de la llamada "civilización cristiana occidental". Pero si creen los asesinos que han acallado las voces que los condenan, están equivocados, porque si Julio Suárez, como Julio Castro, ha partido, dejándonos la tristeza de su ausencia, queda de ellos la palabra, como la de mis amigos que nos dejaron su canto libertario, el de Enrique Ramírez y Ramírez, el de Salvador Ocampo, el de Alfonso Solórzano y de otros hermanos en el ideal de la libertad, como atributo fundamental de la dignidad humana. ¡Ese cierto, algún día, todos nos habremos ido a su casa, pero nuestras palabras, nuestro canto, vivirá en la tierra!